

DESENTAÑANDO EL PERSONALISMO A TRAVÉS DE LAS ESCRITURAS: UNA PERSPECTIVA PROFUNDIZADA DESDE LA CONTEMPLACIÓN DE LA CRUZ.

UNRAVELING PERSONALISM THROUGH THE SCRIPTURES: A DEEPENED PERSPECTIVE FROM THE CONTEMPLATION OF THE CROSS.

María Gabriela Pacheco Arrieta

Independiente

San José, Costa Rica.

Resumen: Se desvela la dignidad de la persona desde una perspectiva cristiana, destacando su creación a imagen y semejanza de Dios. Subraya el papel central del amor en sus diversas formas (ágape, eros y filial) en la relación entre Dios y la humanidad, así como en las interacciones humanas. La reflexión se centra en la importancia de una relación personal con Dios, que se nutre a través de la oración y la contemplación de la Cruz. La Cruz es presentada como el símbolo máximo de redención, donde se revela tanto la fragilidad como la grandeza de la naturaleza humana. A través de la Pasión y Resurrección de Cristo, se ofrece la esperanza de una vida nueva, marcada por la justicia, la paz y la misericordia, en un camino hacia la santidad y la comunión con Dios y los demás.

Palabras clave: Dignidad, Redención, Amor, Persona, Cruz

Abstract: Through this document it is unveiled the dignity of the person from a Christian perspective, emphasizing their creation in the image and likeness of God. It highlights the central role of love in its various forms (agape, eros, and filial) in the relationship between God and humanity, as well as in human interactions. The reflection focuses on the importance of a personal relationship with God, nurtured through prayer and contemplation of the Cross. The Cross is presented as the ultimate symbol of redemption, revealing both the fragility and greatness of human nature. Through Christ's Passion and Resurrection, the hope of a new life is offered, marked by justice, peace, and mercy, in a path towards holiness and communion with God and others.

Key Words: Dignity, Redemption, Love, Person, Cross

Introducción

El texto tiene como objetivo general explorar la profundidad espiritual de la Cruz como símbolo de reconciliación y esperanza, invitando a contemplar el rostro de Jesús y a escuchar la vocación como hijos de Dios. A través de las Sagradas Escrituras se logra desentrañar, los siguientes objetivos específicos: 1. El análisis de la búsqueda del sentido de la existencia humana, contrastando la vida del justo, que encuentra felicidad en la voluntad de Dios, con la del impío, que se sumerge en la vanidad y la corrupción. 2. Se aborda la incertidumbre frente a la muerte, pero se subraya la certeza del amor de Dios y la promesa de salvación a través de Jesucristo. 3. Contrastar la concepción griega y romana de la persona con la visión cristiana, que enfatiza la dignidad humana, la fraternidad universal y la relación con Dios, definiendo al ser humano como un ser integral, dotado de cuerpo y alma, y llamado a vivir en comunión con Dios y con sus semejantes.

El enfoque conceptual del presente artículo se desarrolla en la Cruz como símbolo de misericordia y reconciliación: La Cruz es presentada como un punto de encuentro entre la grandeza divina y la pequeñez humana, donde se manifiesta el amor incondicional de Dios hacia la humanidad. Consiguiente en las siguientes aristas el enfoque conceptual se expande en las Sagradas Escrituras como guía de vida: Las Escrituras son vistas como un reflejo de la experiencia humana en su búsqueda de sentido, confrontando al hombre con su fragilidad y su necesidad de responder al llamado divino, el contraste entre el justo y el impío: El artículo subraya la importancia de seguir la voluntad de Dios para encontrar protección y felicidad, en contraste con la vida vacía y corrupta de quienes se apartan de Él. La muerte y la esperanza en la vida eterna: Se aborda la incertidumbre humana frente a la muerte, pero se enfatiza la certeza del amor de Dios y la promesa de salvación a través de Jesucristo. La concepción cristiana de la persona: El texto destaca la dignidad inherente a todo ser humano, independientemente de su condición social, género o raza, y enfatiza la relación del hombre con Dios y con sus semejantes como un ser integral, dotado de cuerpo y alma.

Desarrollo

Contemplar la Cruz es acoger el «grito silencioso» de la voz interior del ser, apelando a la conciencia implícita en la propia esencia, sobre la fe en la esperanza de los bienes futuros,

una realidad verdadera y presente¹, visible en la Misericordia, es por tanto contemplar el rostro de Jesús, es reconciliar las llagas de una persona inmolada por la culpa del pecado pero al mismo tiempo una escucha al llamado de la propia vocación como hijos de Dios, pues el Padre en la donación de su Hijo Unigénito, se compadece de la miseria humana pero que al mismo tiempo expresa el abrazo de un Dios que ha dado su «*corazón*» al hombre alejado de su amor, un amor ineludible, testimoniando así que la grandeza y majestad divina² se unen en amistad con la pequeñez humana corriendo el «*velo*» en apertura de un diálogo permanente y sincero

Las Sagradas Escrituras, son el saber de Dios que resuena en la historia del mundo, pues reflejan una experiencia de vida, exponiendo al hombre a confrontarse con su constante búsqueda del sentido de su existencia en respuesta al ruah (רוח), ese aliento de vida del cual fue concebido y emanado su ser y, todo cuanto ha sido Creado por Dios: «*Él lo creo todo para que subsistiera: las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte ni el abismo reina sobre la tierra porque la justicia es inmortal*»³. Sin embargo en los textos bíblicos también se narra la aflicción que agobia al ser humano a causa del pecado, un mal engendrado por el Maligno: «*pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo y la experimentan sus secuaces*»⁴. Por lo que se ilustra entonces un relato bíblico que contrasta la vida del justo, que busca la voluntad de Dios y encuentra protección y felicidad, con la del impío, que se aparta de la voz de Dios y se sumerge en la vanidad y la corrupción.

En consecuencia a esta disyuntiva, la persona coexiste con un «*temor inherente*» que surge a causa de la muerte, ensombreciendo por tanto los verdaderos anhelos a los que se aspira como hijos de Dios Padre. La muerte plantea una duda en el individuo, ¿es acaso la muerte el fin definitivo o hay algo más allá?; por lo que desconocer las realidades divinas inquietan al corazón del hombre ocasionando que el camino a seguir en la vida sea el abandonarse a los placeres vanos de la vida terrenal: «*así piensan pero se equivocan pues los ofusca su maldad, no conocen los secretos de Dios ni esperan recompensa para la virtud ni*

¹ cf. BENEDICTO XVI., “*Carta Encíclica Spes Salvi*”, Roma, Ciudad del Vaticano, 30 de noviembre 2007, n. 8.

² cf. HAB 2, 20; SOF 1, 7.

³ cf. Sab 1, 14-15

⁴ cf. Sab 2, 24.

valoran el premio de una vida intachable»⁵; a este respecto San Agustín lo va a definir como «*docta ignorantia*». En medio de este panorama paradójico en el corazón del hombre hay inscrita una certeza de amor: “pongo mi arco en las nubes y servirá de señal de la Alianza entre Yo y la Tierra. Cuando yo nuble de nubes la tierra, entonces se verá el arco en las nubes”⁶; dicha manifestación de la grandeza y majestad de Yahveh, es la Alianza, constituyendo en el pueblo de Israel una espera vivida perseverando en las promesas de Salvación, tangibles en el acontecimiento de la persona de Jesucristo: «*él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la Creación*»⁷; palpar la fragilidad de la naturaleza humana hacen que Dios actúe en la kénosis (= κένωσις) de Jesucristo, en la cruz, al dar a conocer al Padre y toda su gloria⁸

En conclusión el fundamento de la persona en las Sagradas Escrituras, se encuentra implícito en “la reverencia hacia la observancia de los derechos de los otros hombres en cuanto a la vida, el honor, la verdad, el matrimonio, el uso de los bienes propios, con un espíritu de misericordia y fidelidad en la correspondencia de los deberes de cada uno⁹»; estas premisas se desarrollan a la luz de la Alianza del pueblo de Israel, la Ley constituye el cimiento de la vida social y moral, resguardada por los profetas¹⁰, denunciando las injusticias de las naciones como de los individuos y, sirvieron a la esperanza del Salvador futuro, con LA PERSONA y obra DE Jesús, se realiza la justicia de Dios predicando imitar al Padre¹¹, por lo que se debe considerar y tratar a cada uno como hombre (persona) y por consiguiente como hermano, rechazando la dureza de corazón, con su Pasión, Muerte y Resurrección protegió los derechos divinos y humanos¹²

El vocablo «PERSONA»: una valoración desde el cristianismo vrs la concepción griega/romana.

La reflexión teológica cristiana al pensar en la fe en Cristo, marca un precedente sobre la definición de persona, la razón radica en el dogma Trinitario, la naturaleza divina es compartida por tres personas, esta fe tiene su fuente en la Revelación de Jesucristo, donde se

⁵ cf. Sab 2, 21-22

⁶ Gén 9, 13-14

⁷ Col 1, 15

⁸ cf. Jn 3, 16

⁹ cf. Rom 13, 8-10.

¹⁰ cf. Jer 31, 33; Ez 36.

¹¹ cf. Mt 5, 48; Lc 6, 36.

¹² cf. Flp 2, 7.

da a conocer la verdad de Dios Uno y Trino: «*Nadie conoce al Padre sino el Hijo y, aquel quien el Hijo quiera revelárselo*»,¹³ uno de los misterios divinos fundamentales e inescrutables, el Concilio Vaticano I dirá al respecto: «los divinos misterios por su naturaleza superan el entendimiento creado, de tal modo que aún entregados mediante la Revelación y acogidos por la fe, sin embargo permanecen cubiertos por el velo de la misma fe y envueltos por una especie de oscuridad, mientras que en esta vida mortal “estamos en el destierro lejos del Señor porque caminamos en fe y no en visión”¹⁴»¹⁵. En la meditación de los Padres de la Iglesia es Tertuliano, quien introduce el concepto «*prósōpon*» (πρόσωπον), propio de la filosofía griega adaptado al derecho romano, el cual declara a la persona como todo hombre; en el pensamiento antiguo, el cosmos está regido por un destino cósmico, entendiendo todo como una generalidad, incluso la humanidad, asolando la soberanía de la libertad, anulando al hombre, como un ser que destaca ante el orden cósmico, dotado de dignidad, son las tragedias griegas, el autoconocimiento de Sócrates y la ética aristotélica que propician una conciencia de la persona, sin embargo el cristianismo va más allá, ya en sus raíces judías demarca una concientización de la persona, en su literatura sapiencial y en los profetas en su defensa por los pobres, huérfanos y viudas además de la concepción de un Dios trascendente y personal que ha creado el mundo, un lugar propicio para el hombre y su desarrollo, proyectando su libertad de forma responsable en procura de sí mismo y de sus semejantes así como de todo cuanto existe, germinando el fruto de la comunión, un diálogo armonioso y fraterno entre hermanos y Dios.

Para el saber de la filosofía griega, persona «prósōpon» (πρόσωπον), es el personaje que ejerce un rol dentro de la sociedad, pero que a su vez está definido por rasgos físicos, psicológicos, emocionales propios de cada individuo con una historia personal. Sin embargo existe un problema en esta definición del concepto clásico romano y griego, pues solamente eran consideradas personas aquellos ciudadanos libres con plenos derechos y deberes, negando esta concepción a las mujeres como a los esclavos y a los niños, aunque si eran parte del género humano; por lo que hombre no es equivalente a varón y mujer. Es en este aspecto que la novedad bíblica es inaudita: ¿*al principio el Creador los hizo varón y*

¹³ Mt 11, 27.

¹⁴ 2 Cor 5, 6

¹⁵ JUAN PABLO II., “Audiencia General: Unidad y distinción de la eterna comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, Roma, 27 de noviembre de 1985, n. 3.

hembra»¹⁶; la fraternidad universal y la igualdad para todos los seres humanos, se amplía sin hacer distinción de raza, condición social, género, etc., se considera a toda criatura persona. Desde el punto de vista cristiano el vocablo persona se define desde la dignidad del hombre así como la relación con sus semejantes y con Dios y, su trascendencia vislumbrando a la persona como un ser integral: cuerpo y alma; un ser dotado de una chispa divina vital, capaz de discernir el sentido de la vida; propiciando un verdadero valor ontológico y moral.

Identidad del ser persona, desde las Sagradas Escrituras.

Los textos bíblicos cuando se refieren a la «*persona*», aluden al vocablo «*hombre*»: varón (=זָכָר) y hembra/mujer (=נְקִיבָה); «*formados por Yahveh del polvo de la tierra y le inspiró en el rostro aliento de vida*»¹⁷, creado a imagen y semejanza de Dios¹⁸, sobre la tierra en el mundo visible, con el precepto de administrar el mundo y, aunque forme parte de él, el hombre no es semejante al resto de las criaturas, sino que es parte de la esencia de Dios, es decir, el hombre no se puede explicar ni comprender, exclusivamente desde las categorías humanas, tiene que ser definido desde una visión metafísica respondiendo al misterio de su creación caracterizada por una dignidad excepcional; partiendo desde esta realidad del ser y existir del hombre se es capaz de hablar de una antropología y moral como consecuencia de su actuar en la interacción con sus semejantes y las demás criaturas a su cuidado.¹⁹ Esta «*dignidad*», que distingue a la persona de todo lo Creado, tiene su origen en Cristo²⁰, que ha padecido la Crucifixión por el los pecados.²¹

Principios del ser.

Primer principio: el Amor: «porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, más tenga vida eterna» (Jn 3, 16)

El amor es un acto de encuentro fecundo entretejiendo vínculos, por lo que en los relatos bíblicos narran la experiencia de Dios, un vínculo presente a lo largo de la historia de la humanidad aconteciendo la vivencia del amor, el cual se caracteriza por tres cualidades: 1.

¹⁶ cf. Gen 1, 27

¹⁷ Gen 2, 7.

¹⁸ cf. Gén 1, 27.

¹⁹ Cf. JUAN PABLO II., “*Los fundamentos de la familia a la luz de Cristo*”, Roma, 5 de septiembre de 1979.

²⁰ cf. Jn1, 3. 14.

²¹ cf. Rom 4, 25.

Observar: consiste en ver a profundidad la realidad propia y del otro, para esta alcanzar; 2. *La compasión:* la cual conlleva el entender, conocer, vivir, sentir, padecer con el otro y por tanto se pueda, 3. *Actuar.* En Dios el amor se manifiesta en su acción misericordiosa, es una vivencia de encuentro y acompañamiento: Dios ha observado a profundidad al hombre, ha visto la esencia de su ser y como se relaciona en su entorno, ha enfrentado circunstancias favorables y adversas tanto en ámbito personal como social. Él ha palpado la fragilidad ante el pecado, pero también es consciente de que el creyente sabe escuchar su voz y volver la mirada hacia su misericordia. la Cruz constituye el actuar del Padre.

Los términos griegos del Amor.

1. Eros (=Ἔρως)

En el mundo griego antiguo, el término "eros" representaba una conexión sagrada con la divinidad y estaba asociado con la fertilidad. Esta concepción se reflejaba en muchos cultos dentro de los templos. Sin embargo, esta noción de "eros" como una comunión divina contrasta con la cosmovisión del Antiguo Testamento, donde el término se utiliza con cautela y solo en dos ocasiones. Benedicto XVI advierte que una interpretación errónea de eros puede llevar a una especie de locura que degrada al ser humano, convirtiéndolo en un mero instrumento de placer en lugar de elevarlo hacia lo divino.

La relación entre Dios y el amor promete eternidad e incondicionalidad, y trasciende incluso la existencia terrenal, ya que el ser humano es creado a imagen y semejanza de Dios. Este amor no es instintivo, sino que requiere maduración.

Para el ser humano, eros implica el encuentro entre hombre y mujer, donde el cuerpo y el alma se fusionan en una unidad íntima. Esta fusión ennoblece a la persona en una entrega total y desafía a comprender la unidad del alma y el cuerpo. Separarlos sería atentar contra la dignidad humana. El amor verdadero implica entender esta unidad y no privilegiar exclusivamente ni el espíritu ni el cuerpo.

El Cantar de los Cantares ofrece una lección sobre cómo vivir el eros, mostrando cómo el amor va más allá del egoísmo y busca la felicidad y el bien del otro. Implica renuncia de sí mismo y disposición al sacrificio por el ser amado.

Los profetas bíblicos ilustran el amor eros a través de diversas metáforas eróticas, destacando la fidelidad y la infidelidad del pueblo de Israel hacia Dios. Este amor revela la naturaleza humana y permite experimentar la alegría de sentirse amado por Dios.

2. Ágape (=ἀγάπη)

El ágape es el "amor de la fe", un camino hacia el éxtasis permanente donde la persona se trasciende a sí misma para darse al otro y, finalmente, reencontrarse con su verdadero ser. Es el amor hacia lo definitivo, hacia Dios. Aquí, eros se transforma en ágape, un amor que se entrega completamente y perdona ante la ruptura de la Alianza.

Dios manifiesta este amor al encarnarse en la humanidad y al sacrificar a su propio Hijo. Jesús, a través de su pasión, muerte y resurrección, muestra este don de amor que trasciende el egoísmo y busca la felicidad del otro.

Ágape y eros se complementan entre sí, ya que el hombre no puede vivir solo del eros; también necesita recibir amor. Ambos fluyen de la misma fuente, el corazón de Dios.

3. Filial (Φιλία)

El amor filial es el afecto que surge de los lazos familiares, especialmente entre padres e hijos, pero también entre otros miembros de la familia como hermanos, abuelos y nietos. Es un amor profundo y duradero que se cultiva con el tiempo y se caracteriza por el cuidado, el respeto y el apego inquebrantable.

La relación entre padres e hijos es un amor puro y sin medida, que incluso puede superar el sacrificio. La familia, por lo tanto, es motivo de alegría tanto para la sociedad como para la Iglesia, y enfrenta desafíos y amenazas con fortaleza.

Dios Padre es la fuente del amor, Jesús es quien derrama el amor y el Espíritu Santo es el amor, la forma en la que ama Dios, es incondicional. El problema que enfrenta el hombre es la ausencia del amor en el corazón; limita de alguna manera el creer, el saber y el compartir, porque el amor supone la renuncia del «ego», este desprenderse de sí mismo exige la entrega total, el perdón lo que conlleva de cierto modo dolor, pero concebir de este modo, ocasiona un sin número de miedos infundados por el pecado, es decir, el vacío que causa esta caída o yerro, condiciona el amor e impide que el creyente no trascienda al amor sublime y bondadoso de Dios. Y es así que el matrimonio (eros) y la familia (filial), afrontan conflictos que ponen en riesgo estas relaciones. Al mismo tiempo quebranta la plenitud de la caridad (ágape), distorsiona el verdadero sentido del amor, degrada su significado a sentimientos o emociones momentáneos, reduce a la persona, a un individuo exclusivamente emotivo, cuando en realidad, Jesús enseña que amar implica la totalidad del ser, integral.

Segundo principio: Creador.

La Creación.

La gran novedad de la fe bíblica radica en el «monoteísmo»: «Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh». ²²; Dios es el «autor de toda la Creación»: «Dios mismo es quien ha creado el mundo visible en toda su riqueza, su diversidad y su orden»²³; emanada de su Palabra y por tanto Él es fuente de todo ser, y el agua que alimenta a cada uno es su amor, porque así lo ha querido Dios, este hecho no es ajeno a la razón²⁴. Benedicto XVI en su “Carta Encíclica Deus Caritas Est”, expone esta imagen de Dios como «metafísica», pues Él es «el absoluto, la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas -el Logos, la razón primordial, es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor; es así como el «eros», se ennoblece, se purifica y se hace uno con el «agape», Dios y el hombre se hacen una sola unidad, sin dejar de ser Dios y hombre tal y como enseña San Pablo: «Mas el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con Él».^{25, 26}

Imago Dei.

Dios a lo largo de la historia se ha ido revelando paulatinamente, desde la Creación hasta Pentecostés; estos acontecimientos se han ido haciendo en el amor, este actuar es manifiesto de identidad, expone quien y como es Dios y lo que Él quiere de sus hijos, la imagen a seguir: «porque Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su mismo ser»²⁷; un aspecto esencial en la novedad de la fe bíblica²⁸, contribuyendo a definir la naturaleza humana, es decir a precisar la antropología teológica vero testamentaria y del Nuevo Testamento: «el misterio del hombre no se puede comprender separado del Misterio de Dios»²⁹. En el Sinaí Yahveh dice: «Yo soy el que soy»³⁰ conocer a Dios en los textos bíblicos es encontrarse con una persona, es un ser que ama, crea y se relaciona. Estos principios se encuentran presentes en el hombre, son parte de su ser, sin embargo no se

²² Dt 6

²³ C.E.C. n. 337

²⁴ cf. Rom 1, 20.

²⁵ 1 Co 6, 17

²⁶ Cf. Benedicto XVI, “Carta Encíclica Deus Caritas Est”, Roma, 2005, n. 9-10.

1 Co 6, 17

²⁷ cf. Sab 2, 23.

²⁸ Cf. Benedicto XVI, “carta Encíclica Deus Caritas Est”, Roma, 2015, n. 10-11

²⁹

https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_con_cfaith_doc_20040723_communio-stewardship_sp.html

³⁰ Éx 3, 14

encuentran en su esencia plena, ya que están alterados por el pecado, porque irrumpe en la armonía del encuentro.

En el Sinaí el rostro de Yahvé ha sido descubierto. Desde una perspectiva bíblica, el Antiguo Testamento expone que la persona no rinde culto a los dioses como era la concepción de las antiguas culturas, sino que el hombre cultiva en su ser las capacidades de la naturaleza humana como por ejemplo: la rectitud, el entendimiento, etc.; o sus funciones a desempeñar en el desarrollo de la civilización tales como: la naturaleza sexual o la administración de la tierra; en cuanto a que la persona es un ser físico, social y relacional, que se desenvuelve en la dimensión terrena, comprensión esencial para ejercer la libertad y responsabilidad, pero ésta primera noción de ¿qué es la persona? Se concretiza en el Nuevo Testamento, en la *«imago Christi»*

En la creación, Dios se revela con su palabra, la cual es esperanza, porque da vida, crea el mundo y la existencia del hombre.

«Imago Christi».

El hombre es espíritu, alma y cuerpo³¹, es un ser corpóreo dotado de entendimiento que busca la verdad, de conciencia y de responsabilidad en procura del bien según su libre albedrío, fundamentos de la dignidad, que se palpan en la parábola del Hijo Pródigo, su pedagogía expone como el Padre antepone el amor filial sobre cualquier otra cosa, que se quebranta por los vicios banales, pero por la actitud paternal de acogida y de alegría por el retorno del hijo, es un retrato de la compasión ante el duelo de lo que se ha perdido desde el principio de los tiempos³²

Ante la Creación, surge la pregunta ¿qué es la persona?³³, es aquella criatura perteneciente a esta obra creadora, único capaz de asombrarse de la grandeza del amor de Dios e idóneo para ser semejantes a su Creador imitando su Misericordia, la cual es definida y conocida a través de Jesús. En la Misericordia la persona encuentra la verdad sobre su propio ser, una criatura amada que goza de *«dignidad»*, un bien dado por el Padre y, que a través de la obra Redentora de Jesucristo, en la Nueva Creación se restaura³⁴; en esto consiste la acción misericordiosa: un amor que recrea a una nueva criatura venciendo por completo la

³¹ cf. 1 Tes 5, 23.

³² ³²

³³ Cf. Sal 89, 48.

³⁴ cf. Lc 15, 32; 1 Co 13, 4-8.

muerte como consecuencia del pecado³⁵. El relato del encuentro de Jesús con la adúltera³⁶ se ilustra el gozo del amor que abraza a la persona, en acogida, leyendo el corazón de cada uno con cuidado, compadeciéndose por la aflicción de ser pecador ejerciendo un juicio de amor liberando a la persona de su condena y, amparándolo³⁷, otorgándole una nueva perspectiva de su vida, de su existencia, erigida hacia la esperanza del Reino³⁸. como hijo.

Tercer principio: relacional.

En cuanto a la índole social del hombre se considera que el crecimiento de la persona y de la sociedad es interdependiente del progreso de ambos, porque el sujeto y fin del quehacer del matrimonio, la familia, las comunidades y las civilizaciones es la persona. Este principio se basa en la misión dada por Dios al hombre para que domine las cosas³⁹, desarrollándose en diversas actividades⁴⁰. Sin embargo éstas deben de llevarse a cabo con el respeto de la dignidad de cada persona entendiendo la corresponsabilidad, esfuerzos y frutos para una justa consideración del rol que desempeña cada uno; de lo contrario se cae en el egoísmo seducido por el poder, riqueza y el placer como lo denuncia el apóstol Pablo: «habiendo conocido (los hombres) a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos y se entenebreció su insensato corazón»⁴¹ Rom 1. 21

La insensatez del hombre abandonando la justicia con respecto a Dios y a los hermanos, produjeron la corrupción, en una pérdida de sentido del pecado⁴², del corazón, lo que conlleva a que las Sagradas Escrituras sean un conjunto de libros en los que Dios se va manifestando a lo largo de la historia, para que el Antiguo Testamento esboce como la Alianza de Yahveh con su pueblo, es «ley», la cual apela al despertar de la conciencia en cuanto a la manera en la que el hombre se relaciona con su Creador y sus semejantes, siendo el Nuevo Testamento el culmen del actuar de Dios; la plenitud de ese pacto en la persona de Jesucristo.

³⁵ Cf. Juan Pablo II, “*Dives in Misericordia*”, Roma, 1980, n. 6.

³⁶ cf. Jn 8, 1-11

³⁷ cf. Jn 8, 10-11.

³⁸ cf. Ef 5, 2.

³⁹ cf. Gén 1, 26.

⁴⁰ Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL., “*Dignidad y Derechos de la persona humana*”, 1983, n. 2.2.1.

⁴¹ «habiendo conocido (los hombres) a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos y se entenebreció su insensato corazón»

⁴² cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL., “*Dignidad u Derechos de la persona humana*”, 1983, n. 2.2.2.

Es decir, las Escrituras contienen “*nociones inauditas de Dios*”; esta es la novedad bíblica. El actuar de Dios, se convierte en una experiencia vivida a través de personas y acontecimientos, donde el más significativo es la Encarnación de su Hijo, el cual viene como “*Pastor en busca de su oveja descarriada*”, para mostrarle el camino, alimentarla y protegerla de cualquier mal que la aseche⁴³, procurando así una metanoia en la que la familia humana sea compasiva obrando en caridad⁴⁴, unidos al Misterio Pascual, porque así como Jesucristo donó su vida, la persona tiene que darse a los demás⁴⁵, buscando el bien del otro⁴⁶

El itinerario del misterio de Dios se experimenta en la Santa Misa, en ella el observar, compadecerse y actuar se vivifican al máximo, y se convierte en un encuentro real. La Eucaristía ofrece al cristiano el goce de los bienes del Reino, pues estos se contemplan impresos en el tratado que se hace oración: el Padre Nuestro. Su contenido encierra la grandeza de Dios, atributo admirado por el hombre⁴⁷, a causa de su actuar en el mundo.

El convivir con un Dios personal hace manifiesto un diálogo de dos amantes que se buscan el uno al otro⁴⁸, para permanecer en presencia de amor, como lo expresa Jesús a Sor Faustina: « *A través de la oración, el Altísimo les dará abundancia de gracia y ustedes llegarán a ser mis manos extendidas en este mundo inquieto que anhela la paz*».

El personalismo en la Contemplación de la Cruz.

El acaecimiento de la Cruz realizado por la persona de Jesús en la historia de la humanidad provoca que haya un discernimiento de la conciencia sobre el ser de la persona, es decir, de su dignidad como criatura e hijo de Dios, una verdad ontológica que fundamenta la primacía del hombre y de la mujer, «*creados a imagen y semejanza de Dios y redimidos por Cristo*»⁴⁹ y, que por ende tienen derecho a acoger y reconocer las gracias de los bienes que el Padre ha dispuesto para cada uno, siendo éste el sentido fundamental de la vida otorgándole el valor inalienable de la persona, como un ser integral que trasciende,, que ha sido querida, creada y amada por Dios. Es así como los maderos de la Cruz responden al clamor silencioso del corazón humano hacia ese soplo de vida que palpita desde siempre y

⁴³ Cf. Benedicto XVI., “Carta Encíclica Deus Caritas Est”, Roma, 25 de diciembre, 2005, n. 12.

⁴⁴ cf. Gál 5, 6.

⁴⁵ Cf. Jn 1, 3-16.

⁴⁶ cf. 1 Cor 13, 5.

⁴⁷ cf. Sal 8, 2

⁴⁸ cf. Cant 1, 7.

⁴⁹ “Declaración del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, “*Dignitas infinitas, sobre la dignidad humana*”, 8 de abril del 2024, Introducción, n. 1.

que se encuentra en constante búsqueda, enfrentándose a las constantes inclemencias y retos de la vida personal y social: normas civiles y morales; a su vez cultivar, desarrollar y enriquecer las capacidades de su naturaleza, pues está dotado de razón.

Contemplar al Crucificado, es saber sobre Dios, la humanidad de Cristo, devela a la persona la posibilidad del conocimiento del amor de Dios, ofrecido a cada uno como don por medio de las gracias divinas dadas por el Bautismo.: *«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros.»*⁵⁰. Comprometerse en amor divino implica con valentía y generosidad en el campo de la justicia y la paz, que tiene su fuente en dios, esta senda a seguir en la vida de la persona se encuentra asumiendo el llamado a la propia vocación⁵¹, haciendo del cristiano un individuo libre, testimoniando la Buena Nueva de Jesucristo, ya que en la Cruz, Él purifica y libera las limitaciones humanas, su sacrificio desvela la verdad del amor omnipotente, acogiendo al ser humano en su integralidad y, por consiguiente en la donación hacia toda criatura.

La libertad humana tiene su efecto en el obrar hacia sí mismo y para con sus hermanos, en esta concordancia, es que el valor de la persona como hombre y mujer, en ocasiones es amenazado por una degradación del respeto de la dignidad humana hacia la persona como individuo y ser social, aquí radica el vacío causado por el pecado: *«y no teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; teman más bien al que pueda llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehena»*⁵². *El pensamiento negativo asumido por*

⁵⁰ Jn 15, 9-17.

⁵¹ Cf.

BENEDICTO

XVI.,

“Carta Encíclica *Caritas in Veritatis*”, Roma, Ciudad del Vaticano, 29, de junio del 2009, n. 1.

⁵² Mt 10, 28; 2 Co 5, 1-10.

la consecuencia del pecado sobre la dignidad de la persona y el valor de su existencia: «se acordaban de que solo eran carne, un soplo que se va y no vuelve más»⁵³; queda nulo. Si bien es cierto la Cruz y las llagas de Jesucristo, exponen la fragilidad de la naturaleza humana⁵⁴ y, como ésta ha sido herida y fragmentada por el mal del pecado, también son esperanza, pues Cristo en su crucifixión redime al hombre instruyendo a confiar en la Misericordia, un acto de amor que despierta los sentidos hacia ese llamado original a ser imagen del Creador y, a tener vida⁵⁵.

Contemplar al Crucificado, es retornar al amor, pues al profundizar en el pecado y, saberse rescatado, permite tomar plena conciencia de la trascendencia del actuar de Dios, por ello es indispensable la expiación, desde el perdón se comprende el sufrimiento del Padre que se compadece en la donación de su Hijo en reparación del pecado, percibiendo de este modo la experiencia de la Misericordia, la acción tangible del gozo paterno por acoger a la persona en su corazón, ya que el amor divino es real, personal, apasionado y fiel⁵⁶. El amor es la promesa de Dios y la esperanza de la humanidad⁵⁷, fundamental en los roles y relaciones que se crean a lo largo del desarrollo de la persona tanto en lo personal como en lo social,, a su vez en el ámbito de la fe y la razón , otorgando valor y sentido a la existencia. El hombre, es un ser existente porque Dios le ha dado el soplo de vida: rúa/pneuma⁵⁸; lo ha vivificado, por tanto es persona, razón por la cual Yahveh ha establecido una Alianza con Israel, en procura de restaurar la Creación⁵⁹. La persona es concebida como un ser carnal y espiritual, liberada de la esclavitud del pecado a través del Plan de Salvación, reconociendo que la corporeidad, hace que la persona sea un ser mundano solidario con sus semejantes, pero destinado a la trascendencia divina, de acuerdo a cuan abierto se esté a la acogida de la misericordia redentora, según se forjen las relaciones con el prójimo y con Dios, es decir, según sea la experiencia y vivencia del amor así va a ser la definición de la persona; como un ser trascendente o como un ser vivo, mortal, finito que subsiste en el tiempo.

⁵³ Sal 78, 39

⁵⁴ cf. Is 40, 6-7; Job 34, 14-15

⁵⁵ cf. Jn 6, 63; 2 Cor 4, 11; Gal 2, 20

⁵⁶ cf. Mt 22,36-40

⁵⁷ cf. 1 Jn 4,8.16

⁵⁸ cf. Job 34, 14-15; 33, 4.

⁵⁹ cf. Ez 11, 19-20; Zac 12, 10; Gal 5, 16-24; Rom 8, 13ss.

San Agustín en su libro de las Confesiones, presenta un itinerario donde la persona se rescata a medida que va conociendo la Verdad y, se conoce en Dios, llevado a cabo a través de un soliloquio fecundando un diálogo con Dios y con los hermanos, pero en una reflexión interior, al igual que Santo Tomás quien afirma la superioridad ontológica de la «*persona*» sobre el resto del cosmos destacando la unidad sustancial, lo que reivindica la realidad del ser personal con dignidad y apertura al encuentro con el otro y a Dios en una experiencia de comunión a su vez a un llamado hacia la santidad, fin de la vocación del hombre, que se va forjando en su existencia terrena y en su interacción con la naturaleza «*cogitodiligo ergo adsum*».

El Padre Nuestro, el código de la persona.

La oración es esencial en la vida de la persona porque en ella se teje la relación de encuentro y, es respuesta al sople de vida, un ejemplo de ello se encuentra en el Evangelio en el pasaje Del grito de Bartimeo⁶⁰, el orar es símbolo de esperanza, confianza en la fe de la Salvación⁶¹, es un momento de interioridad personal en el que el corazón habla, la voz interior resuena invocando a Aquel, quien ha dado sentido a la existencia del ser, al respecto Santa Teresa del Niño Jesús proclama: «Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla rada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como en la alegría». Pero al mismo tiempo es un clamor de un corazón⁶² contrito hacia la Misericordia, que anhela el abrazo del Padre deleitándose en el gozo divino⁶³. La experiencia orante permite descodificar el lenguaje de Dios y escuchar su voz, son muchos los testimonios bíblicos reafirmando este acto de encuentro i conversión: 1. Jacob, un hombre que había hecho de la astucia su mejor cualidad, quien además tenía una fuerte rivalidad con su hermano Esaú⁶⁴, y que posteriormente se ve obligado a huir lejos de su hermano y de su patria, luego de un tiempo retorna con éxito, instante en el cual, se enfrenta a sí mismo meditando sobre lo que había vivido ahí⁶⁵, e inmediatamente tiene un combate con un desconocido, con Dios que le cambia la vida, lo transforma de tal manera que incluso su

⁶⁰ cf. Mc. 10, 46-52; par.

⁶¹ cf. SAN AGUSTÍN, “*Sermo 56, 6.9*”; CEC n. 2559.

⁶² cf. Lc 18, 9-14

⁶³ cf. Jn 14, 2-9.

⁶⁴ cf. Gén 25, 19-34

⁶⁵ cf. Gén 32, 23-33

nombre cambia a Israel, 2. Los apóstoles, la oración les permite formarse en perseverancia, forjar y desarrollar su fe para que su vida sea un testimonio de confianza y fidelidad activa.

El saber de Dios que se descubre a través de la oración concibe la conciencia de la promesa de felicidad que otorga libertad al ser humano que fue creado por y para el amor, este conocimiento es saciado en Jesucristo, fuente de agua viva⁶⁶, razón por la cual el contemplar la Cruz, implica una actitud de humildad⁶⁷, en reconocimiento de la fragilidad ante el pecado, tal y como la figura del publicano en el Evangelio de Mateo.⁶⁸ el mismo Jesús imparte una catequesis sobre cómo cultivar esta virtud: 1. “*entra en tu aposento*”, invita al recogimiento, momento de soledad que permite descubrir aquel espacio que se convierte en una “*morada personal*”, donde se pueda mirar a Dios y, por consiguiente comunicarse con Él⁶⁹; 2. “*y después de cerrar la puerta*”, es la acción de disponer un momento de soledad para estar atento a la escucha sin que haya ninguna distracción⁷⁰; es un instante de lucha personal contra las tentaciones⁷¹; 3. “*ora a tu Padre que está ahí en lo secreto*”, la palabra *Abba*, es la llave que cierra la puerta hacia un encuentro que ofrece la certeza de la presencia de Dios Padre que busca abrazar a su hijo amado acallando la pequeñez humana.

Orar es hacer del corazón un altar, para vivir el gozo del amor divino pero a su vez es el lugar de la “*desnudez*”, por las heridas del pecado, esta doble dimensión de la plegaria: 1. Ser lugar de alabanza, 2. Ser lugar de perdón; en procura de restablecer la condición de «*hijos de Dios*», perpetuado en el memorial eucarístico⁷², por lo que en este sentido el «*Padre Nuestro*», constituye el código de los anhelos de Dios y de las aflicciones del hombre, realidades que no se oponen al contrario se armonizan en el Crucificado, Pastor que viene a rescatar a sus ovejas de la tentación del mal, de la esclavitud del pecado. En la Oración Dominical se anuncia la Buena Nueva, como afirma Máximo Confesor: “*em el Padre Nuestro se encierra la petición de todo lo que ha sido revelado en el Verbo Encarnado*”⁷³ y,

⁶⁶ cf. Jn 6, 35

⁶⁷ CEC n 2559.

⁶⁸ cf Mt 9, 9

⁶⁹ cf. Orellana L., “*Padre Nuestro, Resumen de todo el Evangelio*”, CPL Editorial Barcelona, 2017, p. 8. Se hace referencia a la experiencia de oración vivida por Santa Teresa de Jesús, en como ella fue comprendiendo la catequesis ofrecida por Jesús, antes de enseñar el Padre Nuestro.

⁷⁰ cf. Pe 5, 8-9

⁷¹ cf. Orellana L., “*Padre Nuestro, Resumen de todo el Evangelio*”, Editorial CPL, Barcelona, 2017, p. 8-9.

⁷² cf. Ex 16, 16-22,

⁷³ PEREIRA DE MATOS MANUEL ALBERTO., *El Padre Nuestro, la Oración Trinitaria de los hijos de Dios*”, Salamanca, España, Ediciones Secretariado Trinitario, 2007, p. 28.

son los maderos de la Cruz que exponen este « *breviarium totius* »⁷⁴, en el madero vertical, se inscriben los anhelos de Dios, es decir, los bienes futuros a los que aspira la persona, por su parte en el madero horizontal están las aflicciones, angustias que perturban y ensombrecen la existencia humana⁷⁵ y, ambos están unidos por el perdón, la petición de Mt 6, 12, es un acontecimiento que permite el discernimiento y la conciencia del propio pecado FRENTE A Dios exhortando a la persona al arrepentimiento, en una apertura a la conversión y a la compasión de la miseria personal y del hermano de , modo que se , imite el actuar del Padre⁷⁶

El abrazar la Cruz en contemplación devela por tanto, la esencia del ser persona, al respecto Santa Benedicta de la Cruz dirá que : *“existe una correlación esencial entre Dios y el hombre, pues el hombre no puede pensarse sin Dios, ni Dios sería pensable sin su relación al hombre. Dios y el hombre conforman una relación interpersonal indisociable llamada a consolidarse en el recíproco amor, el descendente y fundante de la “carita Dei” y el ascendente y menesteroso de la “caritas Homini”*; así es como, El pensamiento de Edith Stein postula que *“el espíritu encuentra la verdad y no la produce, esta a su vez es eterna”*; más allá de cómo evolucione la persona y los cambios que esto conlleva en los diversos campos en que se desempeña, razón por la cual contemplar la Cruz, permite a la persona interiorizar, la verdad de su ser y su sentido de existir, siendo consciente de su realidad humana pero a su vez de su trascendencia: *«la verdad es una, pero se descompone para nosotros en muchas verdades que debemos conquistar una tras otra; una de ellas nos hará ver más lejos y cuando descubramos un horizonte más vasto, percibiremos también desde nuestro punto de partida una nueva profundidad»*; inherente en esos principios que se encuentran inscritos en el corazón de cada hombre: el amor, creador, y relacional; , visibles en la persona de Cristo Crucificado, germinando el respeto y el amor por el otro en procura de alcanzar la *«imago Dei»*, personas bondadosas y compasivas, en el desentrañar del saber de Dios es que se conoce a la persona y, de este modo ser imagen de la bondad divina, en su camino a la Santidad haciéndose uno con la Trinidad.

⁷⁴ cf. Orellana L., “Padre Nuestro, Resumen de todo el Evangelio”, Editorial CPL, Barcelona, 2017, p. 7. Es la forma en la que Tertuliano se refería al Padre Nuestro, explicando con esta frase que la Oración Dominica, es el resumen de todo el Evangelio.

⁷⁵ Cf. CEC n. 2731

⁷⁶ Mt 5, 7

La humanidad de Cristo, forjada en un «*corazón de carne*», con la capacidad de padecer, es el acto por el CUAL Dios, propicia la persona el entender que su amor es infinito y sensible, en procura de manifestar que la naturaleza humana es digna de ser vivida en pureza hacia la Santidad rechazando como indigno los afectos viciosos que corrompen al ser y, a causa de ello es que se ofrece la Redención, en función de sanar todos los elementos que componen a la persona.⁷⁷

La Cruz descubre a la persona en su fragilidad y, a su vez en su riqueza, la sangre y el agua en ella derramada son los dones de Misericordia, que exhortan al amor⁷⁸, para todas las generaciones a la luz de la Encarnación, se es posible vislumbrar una antropología dándose a conocer ¿quién es la persona?, y a su vez contemplar los bienes que describen la caridad infinita del Padre apreciando la obra Redentora renovando el corazón de cada uno propiciando que se alcance una metanoia que se asemeje al Cuerpo glorificado de Jesucristo resucitado, consolidado y vivificado en la nobleza del amor, expresado a lo largo de innumerables imágenes narradas en las Sagradas Escrituras⁷⁹.

Conclusiones

El trabajo reconoce la Cruz como símbolo de reconciliación y esperanza, destacando la dignidad de la persona creada a imagen y semejanza de Dios. Esta dignidad se refuerza con la obra redentora de Jesucristo, quien, a través de su Pasión, Muerte y Resurrección, libera al ser humano del pecado y le ofrece una vida nueva en comunión con Dios. El amor, en sus formas de ágape, eros y filial, es central en la relación entre Dios y la humanidad, guiando las interacciones humanas hacia la misericordia, la justicia y la paz. La Cruz, como máximo símbolo de redención, revela el amor incondicional de Dios, invitando al ser humano a imitar a Cristo en su entrega y sacrificio.

La relación personal con Dios, nutrida por la oración y la contemplación de la Cruz, es esencial para descubrir la identidad y el propósito de la persona. El Padre Nuestro se presenta como un diálogo íntimo con Dios, donde el ser humano encuentra consuelo, perdón y dirección. Además, el personalismo cristiano supera las limitaciones de las concepciones griegas y romanas de la persona, afirmando la dignidad universal de todo ser humano,

⁷⁷ Cf. PIO XII., “*Haurietis Aquas*”, Ciudad del Vaticano, Mayo 15 de 1956, n. 43-48.

⁷⁸ cf. Ef 3, 20-21.

⁷⁹ cf. Dt 32, 11.

independientemente de su condición social, género o raza. Esta visión se fundamenta en la revelación de Dios como Trinidad, donde la persona es entendida como un ser relacional, creado para la comunión con Dios y con los demás.

Sin embargo, el ser humano enfrenta desafíos para vivir plenamente su vocación como hijo de Dios, debido a las heridas del pecado y las tentaciones del mundo. La falta de conciencia sobre la dignidad inherente a cada persona lleva a menudo a la degradación de las relaciones humanas, la injusticia y la exclusión. Para superar estos desafíos, se propone una educación en la fe y la dignidad humana, la vivencia del amor cristiano en la comunidad, la renovación espiritual a través de la oración y los sacramentos, y la promoción de la justicia y la paz.

En conclusión, la contemplación de la Cruz y la reflexión sobre la dignidad de la persona desde las Sagradas Escrituras invitan a vivir una vida plena, marcada por el amor, la justicia y la comunión con Dios y con los demás. Este camino, aunque desafiante, está lleno de esperanza, pues en Cristo hemos sido redimidos y llamados a ser testigos de su amor en el mundo. La Cruz nos recuerda que, a pesar de nuestra fragilidad, estamos llamados a la grandeza de una vida en santidad y comunión con Dios.

Referencias

Benedicto XVI, “Carta Encíclica *Spes Salvi*”, Roma, Ciudad del Vaticano, 30 de noviembre de 2007, n. 8.

Hab 2, 20; Sof 1, 7.

Sab 1, 14-15.

Sab 2, 24.

Sab 2, 21-22.

Gén 9, 13-14.

Col 1, 15.

Jn 3, 16.

Rom 13, 8-10.

Jer 31, 33; Ez 36.

Mt 5, 48; Lc 6, 36.

Flp 2, 7.

Mt 11, 27.

2 Cor 5, 6.

Juan Pablo II, “Audiencia General: Unidad y distinción de la eterna comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, Roma, 27 de noviembre de 1985, n. 3.

Gén 1, 27.

Gén 2, 7.

Juan Pablo II, “Los fundamentos de la familia a la luz de Cristo”, Roma, 5 de septiembre de 1979.

Jn 1, 3.14.

Rom 4, 25.

Dt 6.

C.E.C. n. 337.

Rom 1, 20.

1 Co 6, 17.

Benedicto XVI, “Carta Encíclica *Deus Caritas Est*”, Roma, 2005, n. 9-10.

Sab 2, 23.

Benedicto XVI, “Carta Encíclica *Deus Caritas Est*”, Roma, 2015, n. 10-11.

Éx 3, 14.

1 Tes 5, 23.

Sal 89, 48.

Lc 15, 32; 1 Co 13, 4-8.

Juan Pablo II, “*Dives in Misericordia*”, Roma, 1980, n. 6.

Jn 8, 1-11.

Jn 8, 10-11.

Ef 5, 2.

Gén 1, 26.

Comisión Teológica Internacional, “Dignidad y Derechos de la persona humana”, 1983, n. 2.2.1.

Comisión Teológica Internacional, “Dignidad y Derechos de la persona humana”, 1983, n. 2.2.2.

Benedicto XVI, “Carta Encíclica *Deus Caritas Est*”, Roma, 25 de diciembre de 2005, n. 12.

Gál 5, 6.

Jn 1, 3-16.

1 Cor 13, 5.

Sal 8, 2.

Cant 1, 7.

“Declaración del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *Dignitas infinitas*, sobre la dignidad humana”, 8 de abril de 2024, Introducción, n. 1.

Jn 15, 9-17.

Benedicto XVI, “Carta Encíclica *Caritas in Veritate*”, Roma, Ciudad del Vaticano, 29 de junio de 2009, n. 1.

Mt 10, 28; 2 Co 5, 1-10.

Sal 78, 39.

Is 40, 6-7; Job 34, 14-15.

Jn 6, 63; 2 Cor 4, 11; Gál 2, 20.

Mt 22, 36-40.

1 Jn 4, 8.16.

Job 34, 14-15; 33, 4.

Ez 11, 19-20; Zac 12, 10; Gál 5, 16-24; Rom 8, 13ss.

Mc 10, 46-52.

San Agustín, “*Sermo 56, 6.9*”; **CEC n. 2559.**

Lc 18, 9-14.

Jn 14, 2-9.

Gén 25, 19-34.

Gén 32, 23-33.

Jn 6, 35.

CEC n. 2559.

Mt 9, 9.

Orellana L., “*Padre Nuestro, Resumen de todo el Evangelio*”, CPL Editorial, Barcelona, 2017, p. 8.

1 Pe 5, 8-9.

Orellana L., “*Padre Nuestro, Resumen de todo el Evangelio*”, Editorial CPL, Barcelona, 2017, p. 8-9.

Éx 16, 16-22.

Pereira de Matos Manuel Alberto, “*El Padre Nuestro, la Oración Trinitaria de los hijos de Dios*”, Salamanca, España, Ediciones Secretariado Trinitario, 2007, p. 28.

Orellana L., “*Padre Nuestro, Resumen de todo el Evangelio*”, Editorial CPL, Barcelona, 2017, p. 7.

CEC n. 2731.

Mt 5, 7.

Pío XII, “*Haurietis Aquas*”, Ciudad del Vaticano, 15 de mayo de 1956, n. 43-48.

Ef 3, 20-21.

Dt 32, 11.